

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Presentación oficial de la revista

Ángel Rodríguez Guerra, M. Id.
Director

Señor Decano de nuestra Facultad de Medicina, autoridades académicas, enfermeras, personal administrativo y amigos todos:

Deseo dirigirme a ustedes en el umbral de este nuevo milenio, que para todos los presentes, por razones existenciales, se traduce concretamente en un nuevo año y en un nuevo siglo, para exhortarles, a una actitud espiritual que por razón de ser, esta nuestra Facultad, de una Universidad, Pontificia y Católica, consiste en que desposemos nuestra oración moral y mística con la actividad intelectual de nuestra Escuela de Medicina.

En este siglo que dejamos, junto a las guerras más atroces de toda la historia humana, el hombre ha alcanzado el mayor progreso científico y tecnológico de toda su historia, esto es, en lo experimental, en las ciencias de la naturaleza. ¿Pero podemos decir lo mismo en las otras áreas del pensamiento, las así llamadas ciencias humanísticas y ciencias del espíritu, esto es, el ámbito de lo experiencial? Este siglo se ha caracterizado por un antropologismo que ha degenerado progresivamente en un antropologismo absoluto, y por un humanismo que ha degenerado en un existencialismo; la característica ha sido la de un siglo sin metafísica o en el mejor de los casos, la de alguna filosofía con vocación a metafísica. Ahí tenemos el grito de Juan Pablo II en *Fides et Ratio*, pidiendo una metafísica renovada para la Iglesia.

Esta falta de armonía entre el ámbito experimental o de las ciencias naturales y el ámbito experiencial o de las ciencias del espíritu, es producida por una profesión de fe del hombre moderno en una ciencia experimental que le libre del dolor y le aleje lo más posible la muerte. No deja de tener su paradoja este hecho, en el que después de haber hecho el esfuerzo para alargar la vida, por retenerla de poca calidad, a pocos interesa cuidarla y, a veces, ni el mismo interesado la desea.

Toda definición sobre el ser humano ha sido un intento desesperado por dar razón de un hecho: el hombre que nace intenta evadirse de la muerte con su dolor. El creyente cristiano afronta un reto que, de múltiples formas, deben asumir las religiones y las diversas formas de pensar: superar, con el mejor esfuerzo con el que nos haya dotado la vida, la barrera de una tragedia que, por causa del pecado original, se cierne sobre las abiertas llagas de nuestra alma propensa a la muerte moral y de nuestro cuerpo destinado a la muerte física (1).

Desde el punto de vista de la salud, Cristo a través de la historia ha ido traspasando su poder taumatúrgico a manos del hombre con la condición de que se ocupe del dolor y sufrimiento de su prójimo. El discípulo no es quien plagia o es reiterativo repitiendo rutinariamente el texto, antes bien, con todas sus capacidades personales y con una maravillosa disposición al trabajo colegial, saca adelante y continúa la obra de su Maestro, y con heroica constancia, echa mano de todo su esfuerzo creativo actualizándola permanentemente. Y ello con la entera convicción de quien vive y ha hecho suyo no solo el texto y la enseñanza legados, sino, sobre todo, el potencial inagotable que dimana de este patrimonio doctrinal (2).

Solo desde el punto de vista de un pensamiento pasado antes por la contemplación, por el diálogo con la Palabra de Cristo, podremos comprender, defender e incrementar este patrimonio entregado por Él a su Iglesia, aplicándolo en cada época y en cada situación a todas las esferas del pensamiento y en general a todas las esferas de la vida.

Para que germine esta divina semilla necesitamos en nosotros de la "humildad", que, como nos dijo Santa Teresa de Jesús, "es andar en verdad", o como nos dirá más tarde Fernando Rielo, es "el gesto aristocrático del amor". La humildad, en cuanto estructura del amor, nos hace salir de nosotros para "andar en verdad" y para reconocer, aprovechar y sacar rendimiento a los talentos que Dios nos ha dado. La falsa humildad, entonces, es la de no reconocer las riquezas que Dios nos ha otorgado, y que, a la postre, suele llevar a justificar nuestra esterilidad en la vida espiritual. No. Es una humildad que nos lleva a reconocer que somos obra de Dios y a meditar en la riqueza inmensa que Dios ha depositado en nosotros (3).

Nuestra dignidad personal nos exige entusiasmo e ilusión por la dedicación metódica al estudio con su exigencia intelectual y humana que debe ir acompañada con una vida espiritual brillante. Hemos sido llamados para dedicarnos a la gloria de Dios y de la Iglesia, más que a la nuestra. Si queremos que esta gloria de Dios sea máxima, grande debe ser ese esfuerzo moral que comporta el morir y el sufrir cada día rompiendo todo conato de rutina o de tibieza, luchando contra las inclemencias propias de la vida y, sobre todo, dedicando todo nuestro ser al amor divino frente a un egoísmo evanescente al que intentan alimentar nuestras pasiones. El hallazgo continuo de la frescura de ese amor divino, creador y recreador, que se manifiesta en los seres, en los acontecimientos históricos y culturales, y, en general, en todas las cosas, debería ser primordial propósito de cada uno de nosotros.

Los métodos de las ciencias de la naturaleza tienen como objetivo primordial predecir nuevas verdades científicas; también las ciencias del espíritu han persistido en el empeño de predecir diferentes modos de verdad. Sin embargo, vemos día a día en nuestro hospital que el dolor, que es capaz de amar, entregarse, entusiasmarse, inquirir, escudriñar, penetrar, creer esperar, es el método que puede elevar la predicción a aquella profecía que mira al más hondo sentido de la Verdad que da forma a todas las verdades. "El desarrollo del don profético está sujeto a una condición indispensable: el grado de dolor de espíritu que sufre un bautizado llegado a su madurez cultural y mística es fundamental para penetración en la propia entraña de las personas divinas" (4).

Cristo nos enseña a hacer juntos todo lo que podamos hacer juntos y nunca separados, a ejercer colegialmente nuestra labor de investigación, a la puesta en común del trabajo realizado personalmente, a la comunicación de hallazgos, aportaciones y reflexiones personales o comunes, al análisis conjunto de temas determinados, al planteamiento de cuestiones en el intento de darles solución, a la confección de trabajos.....Esta actitud es la única que puede tener aquel que busca la gloria de Dios y nunca la suya. Esta actitud, a mi parecer, es la que Cristo quiere para su cristianismo: ser una familia adorable de hermanos.

Las filosofías de las últimas décadas, caracterizadas por un humanismo existencialista, han pretendido la asistencia del hombre a la muerte de Dios y con Él, la muerte de cuanto hay de Dios en el hombre.

Este progresivo antropologismo absoluto está haciendo del hombre un hombre solitario, dios de sí mismo. El hombre definido por la filosofía de estas últimas décadas, es un hombre que se define a sí mismo y que en consecuencia tiene que cargar sobre sus espaldas con el peso y la responsabilidad de todos sus actos. Este hombre así definido es un hombre enfermo, es el hombre encerrado en la parmenídea esfera del *ser es el ser*. Con finalidad en sí mismo, echando mano de sí para definirse a sí mismo, sin dirección ni sentido, o con dirección a todas partes y al mismo tiempo a ninguna.

El hombre definido por Cristo nada tiene que ver con estas definiciones existencialistas. Cristo nombra una infinidad de veces la palabra "Padre" en el Evangelio, y no hay Padre sin hijos ni hijos sin Padre. En el cap. 10 de San Juan nos dice: *¿Por qué os resulta extraño que yo me llame Hijo de Dios si vosotros sois dioses, esto lo dice la Escritura (en el salmo 82) y la Escritura no puede mentir*?" La filiación divina aquí declarada por Cristo de cada uno de los seres humanos consiste en ser imagen de las Personas Divinas. Esto, no lo olvidemos, lo está diciendo a un pueblo que todavía no era cristiano, todavía no había nacido la Iglesia. San Pablo nos dirá más tarde que *"El Espíritu grita en nuestro espíritu Abbá Padre"*. Y también, *"que somos templo del Espíritu Santo"*. El hombre es entonces una catedral de carne y de sangre donde Dios habita y está claro que no es la carne ni la sangre las que producen esta habitación sencillamente porque esta es de carácter sobrenatural, Dios no necesita ningún cuerpo. Llegamos, pues, todos a este mundo en un estado, aunque sea elemental, de unión con las Personas Divinas; nuestra misión entonces no es buscar a Dios, sino vivirle. Cristo le dice a Felipe: *"¿No crees que el Padre está en mí y yo en el Padre?, el Padre y yo somos una sola cosa, quien me ha visto a mí ha visto al Padre"*. A nosotros, pues, nos toca hacer carne la palabra de Cristo como Él hizo carne la palabra del Padre.

El morfocentrismo racionalista es el paradigma dominante en nuestra época en la que el hombre, más que nunca, reducido a simples o complejas estructuras, no sabe quién es, porque la razón técnica, evadiéndose de la realidad cotidiana, se resiste a aceptar *la concepción genética* del proceder de un *homo viator* que, no teniendo hábitat en este mundo, busca, con su indeleble llanto, surcado por el dolor y la muerte, otros derroteros de salvación.

¿Para qué, entonces, definir al hombre, se pregunta F. Rielo, si de lo primero que este se ocupa es de ir dejando su vida en el esfuerzo que tiene que librar para su supervivencia? ¿De qué le ha servido a la filosofía el titánico empeño que la inteligencia humana ha tenido que verificar en orden a dar razón del dolor y la muerte? ¿Para qué las artes, los inventos científicos, el desarrollo de la técnica, el afán de poder, de libertad.....si todo, al final, acaba en despojos? ¿Qué sentido tiene la defensa o impugnación de las libertades, de los derechos humanos, del bienestar social.....si más del 80% de la población mundial vive no solo en miseria material, sino también en penuria moral y espiritual? ¿Qué importancia se sigue, pues, de afirmar que la esencia del hombre consiste en ser animal racional, si todos, creyendo tener razón, "por naturaleza", son incapaces de imponer la mínima racionalidad que se requiere, al menos, para una pacífica convivencia? ¿Por qué tan alto grado de incomunicabilidad entre los seres humanos, si su esencia consiste en el lenguaje comunicativo, en la sociabilidad, en lo simbólico, estructural.....? (5).

La razón de esta insatisfacción parece sencilla, nos sigue diciendo: el hombre es + que su filosofía, es + que su razón, es + que su pobreza o riqueza, es + que su estado de búsqueda, es +

que su cuerpo y que su alma, es + que su yo y sus circunstancias, es + que su dolor y su muerte. Este "+ que sí mismo" evocado en la locución de Cristo a Santa Teresa, "Búscate en Mí", explica esa *mystica potestas*, otorgada a todo ser humano, por la que, a pesar de todas las contrariedades y sinrazones impuestas por la vida, mantenga firme el afán de supervivencia, de superación, de elevación, en medios menos aptos que los propios animales.

Todas estas notas nos dicen que el concepto de humanización para el cristiano está en relación más con la dimensión sobrenatural de su estructura antropológica que con la natural, pues esta última necesita de restauración por parte de la primera, con la cual la dimensión natural del humanismo, en la que quiere trabajar la Bioética, actualmente, puede resultar muy reductiva para el cristiano. No olvidemos que tratándose de Bioética, no comprende entre sus principios "el principio de la vida".

"Parece no haber duda alguna: la Medicina no es solo una ciencia operativa, arte que es guiado por saberes racionales (6), sino una empresa moral fundada en el humanismo: modo de conocimiento, decisión y acción en que los valores humanos junto a su dignidad tienen una primaria trascendencia.

Si el hombre es imagen y semejanza de Dios, entonces su palabra tiene que ser, también, imagen y semejanza de la Palabra de Divina.

El teólogo católico Karl Rahner vaticinaba que el cristiano del futuro o será un "místico" o no podrá ser cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará en convicciones o en ambientes religiosos generalizados, sino en la experiencia de Dios y en la decisión personal. Ya lo había dicho Tertuliano: "Los cristianos se hacen, no nacen" (7).

He terminado.

1 Cfr. F. Rielo, *Definición mística del hombre y sentido del dolor humano*. Roma 1996.

2 Cfr. J. Fernández Hernández, *Carta 1/99 a la Escuela Idente*. Roma 1999.

3 Cfr. F. Rielo, *Los dones del Espíritu Santo*, Tenerife, 4-IX-60.

4 F. Rielo, *Regla y Constitución*.

5 F. Rielo, *Definición mística del hombre y sentido del dolor humano*, Madrid, 1996

6 P. Laín Entralgo, *Antropología médica para clínicos*. Barcelona: Salvat, 1984.

7 F. Rielo. *Mensaje al XIX Premio Mundial de Poesía Mística*, Roma, 1999.